

tuvisteis cierta sombra de razón en oponeros á la regeneradora expedición francesa mientras Francia no manifestó sus intenciones y mientras el país no dió á conocer su deseo. Ahora ya está todo bien definido y claro. Francia no trata de intervenir en los negocios de México, y México acaba de manifestar su voluntad en pro del archiduque Maximiliano, cuyo gobierno está reconocido por Francia, Austria, Bélgica, España y el Papa...

Soltamos el trapo á reir cuando oímos que el Papa le prestaba su apoyo á Maximiliano, y Henry, con muestras de mal humor, nos preguntó:

— ¿De qué os reís? El Papa es persona muy respetable, y además es soberano temporal de Estados muy valiosos.

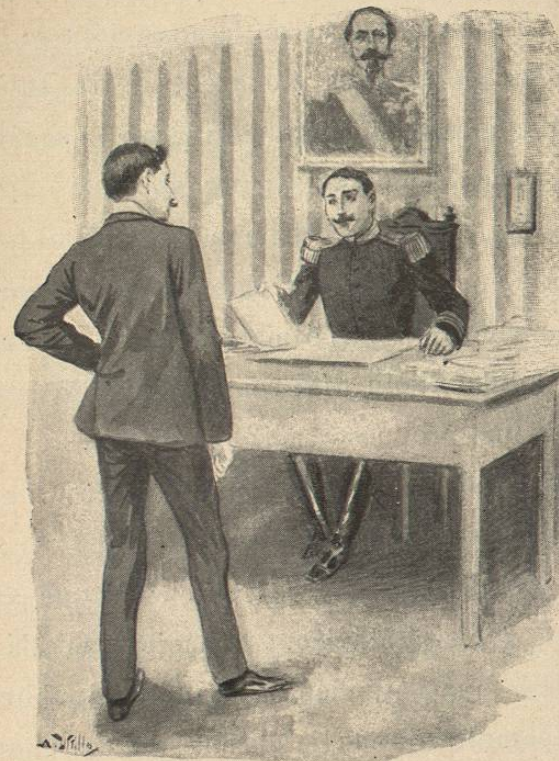
Nos reímos nuevamente, y entonces Manuel Loera tomó la palabra y combatió con razones y hasta con chistes cuanto nos había dicho Henry.

— No sé, no sé nada, acabó por exclamar el coronel; á mí no me importa que os sometáis; no vengo á discutir ni á poner academia de derecho internacional; vengo á hacer conocer órdenes rigurosas á que tengo que sujetarme y sujetaros. ¿No queréis cumplir? Vosotros reportaréis las consecuencias; ¿queréis cumplir? pues mucho mejor y que os aproveche. ¿Qué decís?

— ¡Que viva la República Mexicana! contestamos todos en un solo grito.

Henry se levantó amostazado y fué llamándonos uno

por uno al cuarto del oficial de gendarmes. Cuando me tocó mi turno, por cierto bastante tarde, Henry me recibió con una amabilidad extremada.



— Aquí está vuestra hoja de servicios; los prestasteis muy buenos desde el cinco de Mayo; os portasteis con valor en el sitio de Puebla; luchasteis sin cesar contra nuestras tropas y se os tiene por un buen oficial... Acordaos de esos servicios y no los despreciéis... Establecido en México un gobierno nacional, es probable que os otorguen

los ascensos que merece vuestra conducta. ¿Qué respondéis?

— Que no me someto.

— Imitad á muchos compatriotas vuestros, gentes de buen sentido y conocedoras de la situación; se han juramentado diez y ocho jefes y cuarenta y tres subalternos, os vais á quedar abandonado, sin recibir el sueldo que os acuerda la benevolencia del Emperador...

— Coronel, le dije con vehemencia, hablo al hombre de honor, no al dependiente del Gobierno francés que viene á cumplir una comisión más ó menos penosa. Si Francia se hallase invadida algún día, como México lo está ahora, ¿aceptaríais una propuesta así?

— No; el honor y la patria son lo primero, me respondió con noble y súbito arranque.

— Pues eso digo yo; y tened entendido que abrigo la seguridad de volver á México, y que mientras allá existan cinco hombres que empuñen la bandera republicana, yo seré el que complete la media docena, yo seré el que luche sin cesar.

Me tendió la mano emocionado, diciéndome al salir:

— Y bien, capitán, si algo se os ofrece mientras permanecáis en Francia, dirigíos á mí, que tendré gusto en serviros.

El día veintitrés se embarcan en Cherburgo los nuevamente juramentados, y según me escriben, de los seiscien-

tos y tantos prisioneros que llegamos á Francia, sólo quedamos ciento trece limpios de la mancha de traición.

Si la tuviera, no sabría cómo abrazarte tu esposo que te idolatra.

Miguel.

P. S. Te acompaño una carta de Josefina y un giro de Glyn Mills y C.^a á cargo de Martín Daran. Creo no hay inconveniente en que aceptes esa corta cantidad, ya que no puedo yo enviarte ni un céntimo.

DEL MISMO Á LA MISMA

Tours y 1.º de Julio de 1864.

Adorada niña de mi corazón: ¡malditas sean las leyes de la guerra y el bribón que las inventó! Siempre he oído decir que es obligación del país que captura á un hombre y le lleva prisionero fuera de su patria, restituirle á ella una vez que la paz se ha hecho ó que no se desea ya tener la garantía de la persona del preso. Mas los cochinos franchutes, que Dios confunda, después de traernos de mala manera y de tratarnos como á bestias, todavía se rehusan á devolver á su tierra á todos aquellos que no han aceptado la inmundada sumisión. Así son ó así se interpretan las sonadísimas leyes de la cortesía internacional por estos que se dicen representantes de ella.

Hoy recibimos noticia de que no se nos ministrarían más los doscientos francos que se venía entregándonos para vivir mal y pobremente, y se declara que estamos en libertad absoluta para marcharnos adonde nos dé la gana. ¡Bonita libertad, sin una peseta para movernos ni manera de conseguirla, siquiera sea vendiendo nuestro pellejo, que es lo único con que contamos!

Yo me propongo salir, averiguar, pedir trabajo, hacer cualquier cosa; pero no rebajarme hasta solicitar auxilio de estos bribones, que si hay justicia en el cielo pagarán con las setenas. Y lo peor del caso es que mi burguesa ya está al tanto de nuestra penuria. Es una vieja campesina de cara redonda, color de remolacha, gorda como un tonel, con una cofia llena de escarolas y una voz repleta de notas ríspidas. Al llegar á casa me dijo con toda la frescura del mundo cómo sabía que el Emperador nos había retirado su ayuda y quedábamos sin nada vendible ni pignorable; que como cabalmente el día de ayer habíamos liquidado cuentas, convendría me marchase, pues sus marmitas no darían una gota más de caldo, ni sus gallinas un huevo más para mí.

Recurriendo á toda mi elocuencia, le pinté con frases expresivas cómo la retirada del auxilio de Napoleón nada nos importaba; cómo recibiríamos de nuestras propiedades de *lá bas* los dineros que antes no podían llegarnos á causa de que el Emperador no consentía que nos mantu-

viéramos con francos que no fueran los de su imperial caja; pero que ahora, ya libres, podíamos disponer de todo lo que deseáramos. La dejé tranquila, aunque no tanto que no conociera que la duda la corroía, por la manera con que me miraba con sus ojillos amarillentos que despedían reflejos como los de los céntimos nuevecitos.

El diez y seis nos significó el prefecto que debíamos salir del territorio del Imperio, pues á S. M. no le convenía que estuviéramos en sus dominios. Le hablé asegurándole que uno de los nuestros estaba á punto de muerte en el hospital de Tours y que no nos parecía humano dejarle allí.

— Bien, bien, me respondió; pero el enfermo no necesita cuarenta personas que le asistan. Quédese uno y los demás salgan sin excusa ni pretexto dentro del plazo que he dispuesto... Usted, dijo dirigiéndoseme, puede ser quien se quede; sus amigos deben salir.

Todos salieron el día diez y ocho, añadiéndose á los que formaban nuestro grupo varios oficiales que venían de Blois. Desde ese día me constituí de guardia en el hospital, donde agonizaba el pobre coronel Gómez del Villar. Don Ramón, como se llama el pobre enfermo, se desanimó grandemente al saber la partida de los compañeros.

— Siquiera tendré, me dijo afligido, el consuelo de morir hablando español, y no en este idioma de perros que me choca más que mis pecados.

— ¡Qué morir ni qué morir, coronel! Pronto se aliviará

usted y nos marcharemos á la tierra; nadie tiene derecho de morirse cuando su patria se encuentra en la situación en que se halla México.

— No lo crea usted, no volveré ya; pero esté seguro de que muriendo como yo muero se sirve á la patria... Que vean que ni los halagos ni las promesas pudieron vencer á un pobre enfermo, y que un obscuro soldado vencido reta desde su camastro de hospital, á Napoleón sentado en su trono.

— Calle usted, hombre, y no diga tonterías; mucha guerra le ha de dar usted al señor de Bonaparte.

— No, no, guerra no; pero sí me quedará el placer de haber muerto como hombre honrado.

Don Ramón tiene la más rara enfermedad del mundo: nada le duele, de nada se queja, pero le ha atacado una languidez tal, que por su gusto estaría todo el día con la cabeza en la almohada sin abrir los ojos para ver ni la boca para comer ni para hablar cosa. Es la nostalgia, el terrible mal del país, que le hace detestar cuanto procede de Francia ó tiene relación con ella.

— ¿Sabe usted cómo me aliviaría? me dijo una tarde que le visité. Echando unas *colas*, *desquebrajándome* un brazo al bajar á escape una cuesta tras de un becerro, comiendo unas buenas enchiladas y gozando del sol, de aquel sol nuestro, que alumbra de veras, que nunca se mete, como el de aquí, entre nubes de hoja de lata, ni

parece al medio día un chiqueadorzote amarillo... ¡Aquella sí es tierra, aquello sí es vivir!... ¡Aquello sí es tierra, amigo, me dijo con los ojos inundados de lágrimas... aquello es el paraíso!... ¡Feliz usted que volverá á verle!

Un día me le encontré más tranquilo.

— Verá usted cuando volvamos allá. Tengo un ranchito que vale lo que usted no se figura: maíz, trigo, chile y hasta algodón, todo produce; como que tiene parte de tierra fría y parte de tierra caliente: una preciosidad... El monte es bueno, y de ganado, como doscientas cabezas. ¿Qué le parece? ¡Ya verá qué temporadas nos pasamos luego que echemos hasta el último gabacho de nuestra tierra!... Tengo mi esposa, que es un tesoro, y dos niños... ¡Pobrecitos, lo que habrán pasado sin mí!... No crea, los compañeros me excitaban á que me juramentara; pero no, ¿cómo les había de dejar tan fea mancha á los inocentitos? Volveré, volveré allá y entonces les pagaré en cariño y en atenciones, á los hijos y á la madre, lo que les ha quitado esta madre eterna nuestra que se llama la patria...

Al salir me dijo la monja que cuida al pobre don Ramón:

— Perdido ¿verdad? perdido sin remedio: dice el médico que no pasa la noche.

— Pero si acaba de conversar conmigo de volver á nuestro país, y dice que se siente muy bien.

— ¿Ha hablado? Pues hace seis días que no toma más que una cucharada de caldo y tres que no pasa gota de alimento. Es admirable que siga viviendo... Véngase luego si quiere estar con él este último rato.

En seguida regresé y me encontré al pobre enfermo en distinta situación:

— ¿Sabe lo que me mata? Este maldito olor, este olor á ungüento, á calentura, á orinal, á no sé qué... Si me sacaran de aquí, era yo dichoso...

Se aletargó un rato y luego despertó con distinto tema.

— Me voy á morir... ahora sí es de veras... Siquiera tengo á mi lado á un amigo, á un paisano, á un hombre honrado... Salúdeme al general Huerta, á Pérez Milicua, á Manuel Cosío... Algún día ustedes serán gobierno... no se olviden de los míos, no consientan que mis pobres muchachitos se pierdan ó se vean obligados á aceptar algo de esta gabachada cochina: que sean siempre honrados, que sean siempre mexicanos... Usted recoge las cosas que me guardaban y dispone de ellas... Aquí tengo veinticinco francos: los había ahorrado para mi pasaje: ¡ya verá usted qué ilusiones!... Gástelos usted y acompañeme al sepulcro...

Algo más trató de hablar; pero todo fué incoherencias y delirios: ranchos... zuavos... Napoleón... México...

Pareció que besaba, que hacía zorroclocos á un niño; luego se quedó sin movimiento... Mas estaba vivo aún,

pues se le veía el jadear continuo del pecho; en los ojos ostentaba un livor que le formaba sombra hasta cubrirle las mejillas; éstas tenían un matiz apergaminado; la nariz estaba afilada, el cabello en desorden; las manos, que se



hallaban fuera de las ropas, hacían arabescos y trataban de coger algo invisible. A poco se serenó, y ya en reposo le empezó un ronquido que parecía el golpear de un péndulo tomado de orín. Al amanecer, cuando la luz, luz de hospital, empezaba á colarse amarillenta y triste por los

vidrios del ventanón que daba á un patio, expiró el pobre coronel en medio de una gran paz.

Yo me incliné sobre la cama y besé largamente las manos de aquel hombre honrado, de aquel patriota leal y firme; á poco empecé á oír gritos, puertas que se abrían, voces de mando, pasos frecuentes: era el día, la luz, el movimiento, la vida...

—¿Ya murió? dijo la monja con indiferencia profesional.

Le señalé el cuerpo y le amortajamos antes que viniera la rigidez cadavérica. Con los veinticinco francos de don Ramón y lo que me dieron por sus pobres ropas, compré un modesto ataúd, y solo, triste y desconsolado, le acompañé al sepulcro.

Ya verás, pues, que no ha sido la semana tan alegre como hubiéramos querido.

Pero entretanto que podemos tenerla, te abraza con toda su alma tu

Miguel.

DEL MISMO Á LA MISMA

San Sebastián y Enero de 1865.

Eugenia mía: ¿te acuerdas de aquel excelente muchacho Chardon que cogí prisionero en Puebla? Al salir de allá me dió una carta para su padre, un viejo profesor de

latín en el liceo de Orleans, y hurgando en mi pobre baúl me hallé el documento uno de los días pasados. Le remití, y me quedé aguardando la respuesta, pues creí que de allí me podrían venir auxilios ó consejos para salir de mi penosa situación.

Debo advertirte que había acabado ya con los poquísimos francos que mis compañeros me habían dado; que no tenía dinero ni de dónde obtenerle, y que sin ese auxiliar indispensable era imposible pensar en salir de aquí ni de ninguna parte.

Conflicto espantoso y que daría materia para una novela de enredo: el prefecto me manda salir, puesto que ya terminó el objeto para que permanecí en Tours, y la patrona me manda quedarme, puesto que no le pago lo que por justísimo título le adeudo.

Al fin vino Chardon, pero no el viejo, sino un chico de veintiocho años, hermano de Nicolás y llamado Luciano. Lucien es el mozo más simpático y el temperamento más veleta que ha parido madre. Todo le entusiasma, todo le alegra, todo le entristece y todo le abate. En catorce horas que hemos estado reunidos ha hecho catorce mil proyectos, los ha desechado, se ha afligido por el fracaso, ha descubierto nuevos arbitrios, ha reparado, reflexionado, héchose objeciones y resuéltolas: es de una fertilidad de imaginación que hay que reirse de Alejandro Dumas y de D'Ennery.

Sucesivamente me ha propuesto ser industrial, librero, conspirador, periodista, comerciante, colonizador en Argelia, jefe de negociado en un ministerio... ¡qué sé yo! Pero como para ensayar cualquiera industria, para establecerse como colono, para trocar productos y para todo se necesita dinero (en nuestro país dicen que hasta para pedir limosna se necesita un saco), los proyectos bien concebidos, bien planteados, bien resueltos, al fin vienen á estrellarse contra las *impurezas de la realidad* y quedan nugatorios sin nuestra culpa.

Pero de algo me ha de servir esta máquina de hacer proyectos y alguno ha de ser aplicable á mi situación.

Entretanto, él y yo estamos comiendo á costa de madame Dupin, que no solamente acorta las raciones y las disminuye en cantidad y calidad, sino que también las mezcla con una dosis grandísima de mal humor, de grosería y de ordinariez. ¡Todo por la frívola é insignificante razón de que le adeudo cuatro meses de pupilaje!

¡Y pensar que si quisiera podría disponer de las cantidades que mi suegra tiene depositadas á mis órdenes!

Te envía un abrazo tu

Miguel.

DEL MISMO Á LA MISMA

San Sebastián y Enero de 1865.

Esposa mía de mi corazón: no te figuras, en verdad, toda la serie de contratiempos, desventuras, calamidades, penas, duelos y quebrantos que me ha rodeado en estos días. Mi vida se parece más á una novela de aventuras que tira á lo picaresco, que á la existencia plácida, tranquila, sin sustos y sin emociones que mi padre había imaginado para mí cuando me consiguió aquel puesto de cincuenta duros mensuales de dotación en el Ministerio de Hacienda.

Tres días duramos juntos Chardon y yo en ellos; nos contamos vidas, aventuras, estado actual de los negocios, proyectos para lo porvenir, secretos de familia, opiniones políticas y todo lo que puede constituir materia de comunicación entre dos personas. Entre los mil tópicos de conversación llegué á referirle cómo tenía depositados y á mi disposición un par de miles de francos que tu madre me había dejado, contándole al mismo tiempo cómo pensaba no tocar aquel dinero, que se me figuraba maldito y contaminado de traición.

Nunca tal hubiera hecho. Chardon me llamó del tonto, del majadero, del Quijote y del hombre teórico y sin seso. Por primera vez le vi insistir en una idea y declararme que había encontrado nuestro camino, pues todo lo anterior no valía, porque carecíamos de las especies monetarias indispensables.